

Campuzano, B. y Gutiérrez, M. (comps.) (2022) *Eslabones de la memoria reciente. La crónica urbana latinoamericana*. pp. 323. Salta, Argentina: Editorial de la Universidad Nacional de Salta (EUNSa).

Eslabones de la memoria reciente. La crónica urbana latinoamericana es la materialización de la experiencia del Encuentro Internacional de Cronistas “De crónicas y ciudades: la tibia garra testimonial” (Ciudad de Salta, 2017). El libro, al igual que el evento académico, es impulsado por la convicción ética y estética de “una sabiduría que viene desde esta tierra” (Manuel J. Castilla y Holver Martínez Borelli). Tierra y saber traspasan los regionalismos y los academicismos autoexcluyentes y se posicionan dentro una lógica religadora (Zanetti, 1994) e inquieta tendiente a deshaer las fronteras más severas y a reconstruir sus propias cartografías.

El prólogo, escrito por Ana María Chehin y Exequiel Svetliza, nos presenta a la “vagabunda, bohemia, arrabalera” protagonista del libro: la crónica urbana latinoamericana. Su transitar por los márgenes, su impulso viajero, su curiosa mirada, y su pulsión de decir y de entender, que escapa al relato oficial, hace que, profana como se presenta, suscite tantas puertas de entradas, al mismo tiempo que se les resiste. Cuestionadora, desafía a la realidad, la ficción, los cánones y los géneros; desconcierta a los que la escriben, los que la leen y aquellos que quieren amaestrarla a la rigidez académica. Pero, también en ella se alberga la siguiente convicción: “ha sido y continuará siendo una de las mejores vías para pensar nuestra realidad continental”. En cuanto a lo metodológico, el libro, desde un afán interdisciplinario, cruza reflexiones académicas con prácticas periodísticas, artísticas y etnográficas. Este gesto de hibridez se ve reflejado en los tipos de escritos que pueblan sus seis capítulos. Una oscilación entre artículos críticos y ensayos que resultan, en algunas ocasiones, más periodísticos y, en otras, más cercano a la literatura.

El primer capítulo se titula “La crónica modernista: laboratorio de estilo y fundación de una escritura” y cuenta con contribuciones de estudiosas de diferentes trayectorias académicas como Mónica Scarano, Clara Avilés, María Carolina Bergese, Moserrat Brizuela, María Fernanda Tejada y Evelyn Zerpa. En el capítulo se exploran cuestiones que atañen a la crónica como género, desde su historicidad, su legitimación dentro de los estudios literarios latinoamericanos, y las problemáticas que

suscita la reflexión teórica en torno a este tipo textual de naturaleza liminal y multi-forme. A partir de aquí, comienzan a esbozarse ciertas metáforas que atraviesan todo el libro, sobre todo aquellas relacionadas al movimiento: el viajero, el caminante, el turista, el migrante, entre otras. Otros dos ejes que articulan tanto el libro como este capítulo son las cuestiones de la territorialidad y el mundo moderno como procesos inconclusos, contradictorios y heterogéneos. La celeridad con la que la Modernidad cambió los espacios y, por ende, a los sujetos que los habitan, no fue ignorada por los ojos de los modernistas como el nicaragüense Rubén Darío o los cubanos José Martí y Julián de Casal. En su faceta de cronistas, buscan comprender cómo la ciudad se convirtió en un espacio privilegiado para la fundación de un tipo de escritura que establece nexos entre lo periodístico y el lenguaje literario. La profesionalización del escritor, la prensa -espacio de mercantilización de la actividad escrituraria que serviría de sustento para, en paralelo, dedicarse a la actividad literaria-, las redes de intelectuales, la legitimación de la literatura latinoamericana, el cosmopolitismo, la “cultura de masas”, la parafernalia de las grandes metrópolis y su reverso marginal, son aspectos a los que los cronistas no pudieron ser indiferentes. La realidad los movilizó a decir sobre ella y, en especial, a pensar su territorialidad: desde dónde están escribiendo y qué lugar les ocupa dentro del campo intelectual.

El segundo capítulo, “Periodismo y literatura”, avanza en el tiempo y explora las crónicas de Gamaliel Churata en la escritura de Lucila Fleming, Mario Levrero en la de Blas Rivadeneira y Roberto Arlt en la de Rafael Gutiérrez, y finaliza con una crónica de Daniel Medina, periodista y escritor salteño de nuestro siglo. De acuerdo con estos críticos, cada cronista observa y construye su espacio y su tiempo a través del lenguaje, convirtiéndolos en memoria(s). En el caso de Churata, según Fleming, lo moviliza la cuestión indígena y lo que de allí se despliega, como lo es el problema de la tierra en esa modernidad tardía y desencantada de Puno, Perú, en la que conviven lo moderno, lo occidental y lo andino. Por su parte, Mario Levrero, el caminante urbano, en base a lo expuesto por Rivadeneira, analiza el costo de la profesionalización, la escritura condicionada por el público, la mirada atenta al mercado y la pérdida de la libertad de creación; se entrega a la autorreflexión sobre la hibridez de sus columnas, en las que conviven lo autobiográfico, lo real, lo imaginado, lo poético y lo artístico. De acuerdo con Gutiérrez, lo mismo sucede con las *Aguafuertes* de Arlt quien, en su carácter de viajero, real y ficticio, da cuenta de las aceleradas transformaciones de las ciudades argentinas en las primeras décadas del siglo XX.

En el tercer capítulo, titulado “Ciudades sumergidas y crónicas del desencanto”, encontramos los artículos de Aranxa Laise, Margarita Pierini y Alejandra López. En ellos, se abordan las escrituras de cronistas como Ferréz, Gabriela Coni, Rodolfo Walsh, Sebastián Hacher y Víctor Hugo Vizcarra. Como su título lo anticipa, el eje de reflexión se teje a partir del desencanto producido por estas ciudades que no se condicen con la lógica de progreso que en un inicio ostentaban. El habitar en las favelas brasileñas, en el bonaerense barrio de Las Ranas a inicios del XX, o en las calles bolivianas por las que vaga Vizcarra; la actividad de los mataderos, o, entrado este siglo, la experiencia en la Feria de Alasitas de la comunidad boliviana en Buenos Aires, trazan la otra cara de la modernidad: la experiencia de la alteridad y la sub-urbanidad. Ya sea siendo testigos de, o vivencia de estas.

Para construir estos escenarios urbanos, espacios de vida, de tránsito y de cotidianidad, la crónica recurre múltiples artificios necesarios para su significación estética e ideológica. Ello exige, al momento de analizarla, crear categorías teóricas propias, en tanto los instrumentos heredados de la teoría y la crítica literaria europea y anglosajona no responden a la complejidad del género. Ser lectores de experiencias localizadas, muchas veces periféricas, permite desplazarnos por territorios que hacen a la heterogeneidad estructural, social y cultural del continente, como también a las problemáticas que suscita nuestra literatura.

El cuarto capítulo, “Hacer con los huesos: la memoria reciente en crónicas y testimonios”, encara algunas de las experiencias contemporáneas de violencia política en el continente. En Argentina, la última dictadura militar se aborda en el artículo de Laura García y su análisis de “La voz de los huesos” (2007) de Leila Guerriero, y en las crónicas de Exequiel Svetliza, a partir de los testimonios de Juan Francisco Cabrera, secuestrado y torturado en el Arsenal Miguel de Azcuénaga, y Santos Vergara, escritor y artista plástico oranense, que rememora lo que estaba haciendo aquel 24 de marzo. En Colombia, Ana María Chehin ingresa en la urbanidad caótica y criminal de Bogotá, a partir de las crónicas Alberto Salcedo Ramos, quien busca, a través de sus escritos y su labor investigativa, periodística y etnográfica, superar el binomio periodismo/literatura. En Perú, lo que fue la violencia sexual que padecieron algunas mujeres embarazadas en el contexto del conflicto armado interno de la década de los ochenta, violencia que devino en la enfermedad llamada “la teta asustada”. Este fenómeno es estudiado Mariela Vargas a partir del film homónimo de

Claudia Llosa, atendiendo a cuestiones como la representación, la labor documental, el trauma, la experiencia del dolor y la incapacidad de un único lenguaje para poder transmitir lo vivido. El capítulo cierra con la escritura ensayística de la chilena Patricia Poblete Alday, quien reflexiona sobre las crónicas del salvadoreño Oscar Martínez y las del español Alberto Arce, y la mirada crítica del argentino Martín Caparrós sobre el *boom* de este género y su relación con el entretenimiento y el mercado.

Dos ejes significan a la crónica contemporánea: el contextual y el ético. En tanto *praxis* periodística, la labor del cronista-periodista requiere un compromiso ético tanto hacia el trabajo que realiza, como hacia la realidad que está estudiando. En este sentido, y es algo que hilvana todo el libro, la crónica tiene un potencial político capaz de revelar lo oculto, la violencia, el horror, lo que no se quiere decir, y, desde ese lugar, interpela e implica tanto a los escritores como a los lectores.

El penúltimo capítulo, “Culturas migrantes en la crónica contemporánea: turista, popular y kitsch”, continúa con la impronta viajera del libro a través de las crónicas de Antonella Temporetti y su visita al mercado chino, y Anahí Salva, con su experiencia de voluntariado en la Alemania Oriental; los artículos de Martha Barboza, María V. Gutiérrez, quienes abordan las crónicas del mexicano Juan Villoro, y Betina Campuzano, quien hace un recorrido a través del cancionero popular y autobiográfico compuesto por las melodías de “Cacique Catán” y “Lamento Boliviano”, las ciudades cantadas de Pedro Lemebel y la propuesta desestigmatizadora de Carlos Monsiváis en torno a las culturas populares y sus estéticas. Este capítulo explora los fragmentos de memorias que hacen al sujeto y a su habitar-transitar las ciudades sumergidas como una de las tantas claves de lecturas posibles de la crónica. Así, territorio y fronteras se desdibujan en torno a la experiencia regional y transnacional compartida pero también se hacen necesarias en tanto funcionan como referentes de identidad. Las experiencias migrantes se materializan y metaforizan en la crónica a partir de la fusión de memorias y experiencias íntimas y colectivas, en las que lo popular configura otro tipo de apropiación identitaria y de resistencia.

Finalmente, el capítulo sexto, “La crónica, una poética en Salta”, avanza sobre la *praxis* de una crónica localizada en las propuestas de los salteños y las salteñas Julieta Colina, Lourdes Macchias, Santos Vergara, Patricia Patocco y Daniel Medina.

Se busca pensar la crónica escrita “en” y “desde” la Salta contemporánea, aquella ciudad que presenció el *convivio* que dio origen a este volumen. La crónica urbana, género memorístico de multiplicidades, amalgamas e indefiniciones, se encamina en esta publicación en un recorrido por distintas ciudades y temporalidades, desde el siglo XX al XXI; desde las grandes metrópolis hasta las ciudades más olvidadas por la tan aclamada Modernidad, o las golpeadas por la globalización, para finalmente llegar a su última parada que es, a la vez, la que la vio partir: el noroeste argentino. La retórica del viaje, del movimiento, de migraciones y desplazamientos, nos invita a transitar la cartografía trazada por los eslabones de memorias regionales y continentales. Una encrucijada entre lo íntimo y lo público, lo literario y lo periodístico, el arte y lo político, la modernidad y la colonialidad, lo local y lo global, lo erudito y lo popular, desde subjetividades contemporáneas que, en un doble movimiento, se sumergen en la urbanidad latinoamericana para luego devenir cuerpos pulsionales del decir.

Eluney A. Vargas Fonseca
Facultad de Humanidades
Universidad Nacional de Salta